

J. Leenhardt, supone una relación directa con la «maqueta de la estructura global»³⁴ donde todo elemento «es significativo», según T. Todorov³⁵.

2. *Rulfo y la literatura laocoontiana*

Como en otro lugar apuntamos³⁶, los textos rulfianos remiten inequívocamente a un tipo de producción que etiquetamos de laocoontiana por cuanto sus focos de cristalización obedecen a una óptica intuicionista e irracionalista cuyos dos ejes eductores primarios serían el terror pánico³⁷ y la absolutización de un «ethos» solipsista y fatalista de estirpe schopenhauriana (ontológica y noéticamente) carnavalesada como vivencia angustiante (agonistas afectados por el valor de la falsedad —expresión del absurdo existencial— y cuyo código proairético³⁸ se sustancializa como una antítesis entre un «a se» y un «ab alio» prafrástico del tema «ignoramus et ignorabimus» —E. Du Bois-Reymond—, fenomenológicamente esquizomorfo en cuanto glosa del «Como si» y el «Solus ipse» y que podríamos calificar de duda escéptica, pero no metódica).

La mimesis esticomítica y el descentramiento mecanicista devienen neutralización del correlato histórico en beneficio de una concepción mítico-sintética y fantasmática³⁹ a partir de un analogismo que niega toda causalidad veritativa: la objetividad resulta ritualizada como totalidad, subjetivizada al máximo, gracias a una serie de efectos especulares encabalgados y/o yuxtapuestos que actúan como reforzadores de una visión thanatófora, nihilista y nadificadora en el sentido de Kierkegaard⁴⁰ y Heidegger⁴¹: la lógica determinista (eliminación del «*numerus motus*»⁴² de una temporalidad no teleológica) connotan una adialexis secuencializada como estrambote del hegeliano «*Entäusserung*»⁴³ y el marxiano «*Entfremdung*»⁴⁴: la conciencia infeliz y el motivema de la «escisión óptica» —la dehiscencia— transforman el texto producido (*Pedro Páramo*) en un epicedio alegorizante sobre el comportamiento

³⁴ Cf. J. LEENHARDT (1975), 248.

³⁵ Cf. T. TODOROV (1975), 12.

³⁶ Cf. J. CALVIÑO IGLESIAS (1983), 18-27, y J. CALVIÑO IGLESIAS (1984), 216-217, nota 470.

³⁷ Cf. E. R. DODDS (1983).

³⁸ Cf. R. BARTHES (1980), 13.: «llamaremos código *proairético* a este código de las acciones y de los comportamientos».

³⁹ Cf. P. CARUSO (1969), 91, donde M. Foucault llega a sostener: «nada hay de tan mítico como la carencia de mitos totalizantes».

⁴⁰ La visión thanatocéntrica de Rulfo se une a la abismática entre lo finito/lo infinito del Kierkegaard de *El concepto de la angustia* (I, 5) y su teoría de desamparo y la orfandad radical del ser humano.

⁴¹ Para Heidegger (*¿Qué es la metafísica?*) la existencia, radicalmente contradictoria, es un estar sosteniéndose en la nada y en la indeterminación absoluta, como en Rulfo.

⁴² La definición aristotélica es sobradamente conocida: «*Tempus est numerus motus secundum prius et posterius*». Rulfo parece alinearse al lado de la definición platónico-plotiniana del tiempo como imagen móvil de la eternidad («*aión*») o la agustiniana «*Distentio animi*». Rulfo entronca con la «*durée bergsoniana*» y su concepción antiutópica de la existencia. Como dice J. Lacan (Cf. P. CARUSO, 1969, 109) «el tiempo específicamente estructural está constituido por el elemento de repetición».

⁴³ Cf. G. W. F. HEGEL y su *Fenomenología del Espíritu* (FCE, 1973).

⁴⁴ Cf. K. Marx: *Manuscritos económico-filosóficos* (Alianza Editorial, 1983).

endopático ⁴⁵ del sujeto, acechado por una parálisis acataléptica ⁴⁶ que entronca con el pirronismo ⁴⁷ por su mitografía (el falocratismo endocéntrico) emblemática; el proceso de la desyoización ofrece como sustrato el sentimiento de la algofilia (culpa originaria ⁴⁸, pecado original, aceptación de la pasividad y la anomia larval, casi protoplasmática...), reforzando por la duplicidad del «ser-para-sí y el ser-para-otro» ⁴⁹, vía que conduce directamente a la disgregación (alienación y cosificación) y al desmembramiento psicótico-autista. Complementariamente, surge la proyección invertida de la teoría platónica de la anamnesis (los muertos son fuerzas actanciales investidas figuralmente por una anagnórisis obsesiva) polarizada metonímica o metafóricamente ⁵⁰: la histeria sufre de reminiscencias porque de lo que se trata es del triángulo freudiano (padre/madre/hijo) complementado por un sujeto que «piensa» el triángulo desde el umbral de un espejo poligonal en cuyo eje se halla la metáfora paterna: la anamorfosis vendría a ser, en consecuencia, el investimento simbólico de toda la trama.

3. *El texto como laberinto*

El trasfondo mítico que traspasa la textualidad —el paisaje trágico— de *Pedro Páramo* entronca ideológicamente con el ocaso del sujeto trascendental ⁵¹, la liquidación del utopismo y la mutilación de la objetividad, literaturizados desde Kleist, Blake, Hölderlin y Strindberg, hasta Kafka, Baudelaire, Rimbaud, Musil, Lowry, Celine, Poe o Beckett. El «pathos» subjetivista entraña una radical antinomia entre el yo y la realidad empírica: el hiato eglógico-arcádico entre una Comala edénica (el «topoi» virgiliano del «locus amoenus» y la dualidad averroísta «natura naturans/natura naturata») y una Comala infernal (el «horridus locus»), enfatiza esta impresión de paranoia apocalíptica monádicamente petrificada: entre la soledad de la Naturaleza y la del Yo se establece una homología torturante en tanto marca aureática de la disfunción entre el sujeto y su objeto. Para Rulfo la sociedad no existe como problema histórico, sino como problema moral individual. En palabras de E. Subirats: «El vacío del yo se vuelve conciencia de separación de la vida misma. Se trata del desdoblamiento: para el sujeto racional que es portador de esta experiencia de su negatividad su

⁴⁵ La vivencia endopática, en el sentido instaurado por R. Vischer, se opone a la comprensión objetiva de objetos y procesos al tratarse de una forma de petrificación cosista del sujeto.

⁴⁶ La objetividad resulta hipostasiada nouménicamente al no ser objeto de la gnosis por hallarse intermediada por reflejos rizomáticos.

⁴⁷ Pirronismo asociado al «Esse es percipi» de Berkeley (*Principles, I*). Si para éste el fundamento último es Dios, para Rulfo es una metafísica trascendentalidad, hábilmente disfrazada por la escatología folklórica («ánimas en pena»), como señalan, entre otros, J. S. BRUSHWOOD (1973), 60; O. PAZ (1967), 17-18; O. PAZ (1969), 14-15, y S. J. LEVINE (1971).

⁴⁸ Cf. P. CARUSO (1969), 121, donde J. Lacan afirma: «La culpabilidad (...) es la principal protección contra la angustia».

⁴⁹ Cf. J. P. Sartre, *El Ser y la Nada* y *La Náusea*.

⁵⁰ Cf. J. Lacan (1972). Ello viene a confirmar uno de los postulados de G. BACHELARD (1973), 27, cuando afirma que «toda psicología es solidaria a los postulados metafísicos».

⁵¹ El idealismo objetivo propende a la creación de arquetipos mitologizantes; ejemplos señeros serían el «Ich», de Fichte la «Bewusstsein überhaupt» de Kant o el «Weltgeist» de Hegel.

vida misma constituye una exterioridad»⁵² traducida en la conciencia del vacío («páramo»: Páramo) desde la que el climaterio fáustico queda plenamente asumido al resultar catalizado por el sentimiento de culpa y sus redundancias (el rencor, el laxismo, la nostalgia visionaria...). En esta perspectiva del solipsismo (liquidación del sujeto por irrupción de lo esquizofásico y lo esquizofrénico) cobra plena validez la lógica de los espejos y los paralelismos, los contrastes y las transgresiones como índices subsumidos por la ambigüedad y la equivocidad pseudoapodíctica por la que el sujeto sólo puede existir en un estado de alucinación progresiva (llegada de Juan a Comala; caballo de Miguel; Susana y sus delirios eróticos...) de la que su único demiurgo es un «Id» trascendentalizado sacramentalmente⁵³. En el universo rulfiano las relaciones humanas se manifiestan bajo el aspecto de un fetiche o de un Golem, en la tradición que va desde el «amor fati» de Nietzsche y el «ser-para-la-muerte» de Heidegger hasta la situación «du vis-à-vis de rien» de Sartre⁵⁴. El falso dilema es planteado como una antinomia insoluble: voluntarismo/fatalismo; libertad/determinismo, etc., según G. Lukács⁵⁵, y que entraña una mimesis introyectiva (El Yo en cuanto traspositor de la exterioridad en interioridad) de tipo hipnótico donde la comunicación participativa es neutralizada por el monólogo, el soliloquio y el diálogo telepático: la catexia libidinal y la obnubilación alucinatoria (Florencio, el mar, etc. son irrealizaciones fantasmáticas) de Susana, por ejemplo, son mecanismos de sublimación tanto contra la mala conciencia producida por sus relaciones edípico-incestuosas con Bartolomé, su padre, cuanto contra el «voyeurismo» y el acecho erotómano (la faloforía) de Pedro Páramo. Como nota, E. Rodríguez Monegal: «La necrofilia general de la novela encuentra aquí su expresión más terrible»⁵⁶: Susana se convierte en el símbolo —según un pastiche procedente del esquema platónico de la mujer inasequible que se arquetipifica en las poéticas de la lírica provenzal, el «dolce stil nuovo» y el petrarquismo— de la inocencia asediada, como sugiere G. J. Langowsky⁵⁷, anacronismo que padece y vehicula la muerte (Bartolomé, Pedro, Comala, ella misma) por ser una figura que semantiza el texto entero. Las comparaciones con la Catalina de *Cumbres borrascosas*, la Ofelia shakespeariana, la Afrodita clásica o la Aurelia de Nerval⁵⁸ resultan absolutamente injustificadas; el propio Rulfo sale al paso de tal

⁵² Cf. E. SUBIRATS (1979), 47.

⁵³ El texto de Rulfo se emparenta, en este como en otros aspectos, con el «gotic tale» y su tránsito desde la matriz ideológica del neoclasicismo hacia el furor romántico y posromántico por la catarsis escatológica: *El Castillo de Otranto* (1764), de H. Walpole; *Melmoth, el Errabundo* (1820), de Ch. Maturin; *El Monje* (1796), de M. Lewis; *Los elixires del diablo* (1810), de E. T. A. Hoffmann, etc., hacen de este género la forma literaria probablemente más representativa de un siglo esquizofrénico que se debate entre la Razón y lo Irracional, entre Voltaire y Cagliostro, como atinadamente subraya TH. ZIOLKOWSKI (1980), 83.

⁵⁴ En el punto de mira del intuicionismo, el agnosticismo y el solipsismo del idealismo subjetivo (Schopenhauer, Kierkegaard, Dilthey, Nietzsche, Bergson...) se halla, como contravalor, la Libertad y la Razón.

⁵⁵ Cf. G. LUKÁS (1975).

⁵⁶ Cf. E. RODRÍGUEZ MONEGAL (1974), 189.

⁵⁷ Cf. G. J. LANGOWSKY (1982), 166.

⁵⁸ Cf., respectivamente, J. DE LA COLINA (1965), 20; A. L. ARIZMENDI (1971), 188; J. RODRÍGUEZ LUIS (1972), 390 ss., y A. BENÍTEZ ROJO (1969), 66.